

S E R M O N
PARA EL SEGUNDO DOMINGO
DE ADVIENTO,
SOBRE LAS AFLICCIONES.

Beatus qui non fuerit scandalizatus in me.

Feliz el que no tomase de mí motivo para caer,
y escandalizarse. *Matth. II. v. 6.*

Felicidad es, y felicidad rara, el no escandalizarse de Jesu-Christo. ¿Pero qué podía haber en él, que es la misma Sabiduría, el resplandor del Padre, y la imagen substancial de todas sus perfecciones; qué podía haber en él, que fuese á los hombres motivo de escandalo? Su Cruz, Católicos, su Cruz, que en otro tiempo fue el escandalo de los Judios, y es y será en todos los siglos el escandalo de la mayor parte de los Christianos. No entiendo por esta Cruz solamente la que su Magestad llevó, sino tambien la que á su exemplo nos manda llevar, sin la que no quiere reconocernos por discipulos suyos, ni repartir con nosotros la gloria, en la que el mismo Señor entró por el camino de la Cruz.

Esto es lo que nos turba, y esto es lo que no nos parece bien en nuestro divino Salvador: quisieramos
que

que pues fue preciso que él padeciese sus penas, hubiesen sido para nosotros como un título de excepcion, y nos hubiesen merecido el privilegio de no padecer con él: Desengañémonos, Católicos, de nosotros depende el hacer meritorias nuestras penas; pero el padecer ó no, no quedó en nuestro arbitrio. La providencia ha dispensado los bienes y los males de esta vida con tanta sabiduría, que cada uno en su estado, por feliz que parezca su suerte, halla cruces y amarguras que contrapesen sus placeres. No hay, pues, felicidad perfecta en la tierra; porque este no es el tiempo de los consuelos, sino el de los trabajos. La elevacion tiene sus sumisiones é inquietudes; la obscuridad sus abatimientos y desprecios; el mundo sus cuidados é inconstancias; el retiro sus tristezas y enfados; el matrimonio sus antipatías y furoros; la amistad sus quiebras y trayciones; y aun la piedad tiene sus repugnancias y disgustos: finalmente todos los hijos de Adan, por un inevitable destino, hallan sus propios caminos sembrados de zarzas y espinas: el estado mas feliz en la apariencia tiene sus secretas amarguras que corrompen toda su felicidad. El trono es el asiento de los pesares, del mismo modo que el puesto mas inferior. Los palacios sobervios ocultan cuidados crueles, del mismo modo que el techo del pobre y del Labrador. Y para que no cobremos aficion á nuestro destierro, todos los dias estamos experimentando que falta alguna cosa á nuestra felicidad.

No obstante, aunque destinados á padecer no podemos amar los trabajos: aunque heridos cada día con una nueva afliccion, no sabemos convertir en merito nuestras penas: aunque nunca somos dichosos, porque nos es necesario llevar nuestra cruz, no sabemos hacer que á lo menos ésta nos sea util. ¡Gran talento tenemos para privarnos de todo el mérito de nuestras penas! Unas veces buscamos en la flaqueza de nuestro co-

razon la excusa de nuestros sentimientos, y murmuraciones; otras veces en el exceso ó qualidad de nuestros trabajos; otras finalmente en los estorvos que nos parecen ponen á nuestra salvacion; esto es, nos quejamos unas veces de que somos muy flacos para sufrir con tranquilidad nuestras penas; otras de que nuestras penas son muy excesivas; y otras de que en este estado es imposible pensar en la salvacion.

Estos son los tres pretextos que regularmente se oponen en el mundo á el uso christiano de las aflicciones: el pretexto de la propia flaqueza; el pretexto del exceso ó naturaleza de las aflicciones; y el pretexto de los obstáculos que parece oponen á nuestra salvacion. Estos pretextos son los que debemos confundir, oponiendoles las reglas de la fé. Escuchadme todos, y sabed que la mayor parte de los hombres no se condena solamente por los placeres: ¡Oh! Son estos muy raros en la tierra, y los sigue muy de cerca el disgusto; condenanse por el uso poco christiano que hacen de sus trabajos. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

EL lenguaje mas comun de las almas á quienes el Señor aflige es alegar su propia flaqueza, para justificar el uso poco christiano que hacen de sus aflicciones. Confiesan y se quejan de no haber nacido con bastante fortaleza para poder conservar un corazon sumiso y tranquilo; dicen que no hay mayor felicidad que el poder ser insensible; que este caracter nos libra de muchos trabajos y pesares inevitables en la vida; pero que nosotros no podemos formarnos un corazon á nuestro gusto; que la Religion no hace fuertes ni Filósofos á los que nacieron con inclinaciones mas suaves y mas humanas; y que el Señor es tan justo que no nos imputará á delito nuestras propias desgracias.

Pe-

Pero para confundir aqui una ilusion tan comun y tan indigna de la piedad; advertid primeramente, Católicos, que quando Jesu-Christo mandó á todos los fieles que llevasen con sumision y amor la cruz que su Magestad les destina, no añadió que este precepto tan justo, de tanto consuelo, y tan conforme á su exemplo, era solo para las almas fuertes é insensibles; no distinguió entre sus discipulos á los que la naturaleza, el valor, ó las reflexiones habian hecho mas firmes y constantes, de los que eran naturalmente mas débiles y delicados, para obligar á los unos á una penitencia y una insensibilidad que no les costase casi nada, y dispensar á los otros de lo que pudiera costarles trabajo.

Por el contrario, sus divinas reglas son remedios, y quanto mas distantes parezcamos de ellas por razon del carácter de nuestro corazon, tanto mas útiles y necesarias son para nosotros: por lo mismo que sois flaco, y que las menores contradicciones hallan siempre vuestro corazon mas vivo, y mas opuesto al sufrimiento, por lo mismo el Señor debe haceros pasar por tribulaciones y amarguras; porque los flacos, y no los fuertes son los que tienen necesidad de ser probados.

Y á la verdad; en qué consiste el ser flaco y sensible? Consiste en amarse excesivamente á sí mismo; en entregarse todo á la naturaleza, negandose todo á la fé; en dexarse llevar de la viveza de sus inclinaciones, y en no vivir mas que para gozar de su sosiego y de sí mismo, como si fuera esta la unica felicidad del hombre. En este estado, pues, y con este caudal excesivo de amor propio y del mundo, si el Señor no dispusiera modo de afligir vuestra flaqueza, si no hiriera á vuestro cuerpo con una habitual debilidad que hace que el mundo os fastidie, si no os dispusiera las pérdidas y pesares, que hacen que el retiro os sirva de comodidad; si no trastornára ciertos proyectos, de modo que obscurciendo mas vuestra fortuna os apartan de grandes pe-

li-

ligros; si no os colocára en ciertas circunstancias en que algunas obligaciones tristes é inevitables ocupan lo mas precioso de vuestros dias; en una palabra, si no pusiera entre vuestra flaqueza y vos mismo una barrera que os sujeta y detiene; ¡Oh! que presto hubiera naufragado vuestra inocencia, hubierais sin duda abusado de la paz y de la prosperidad; vosotros, que aun en medio de las aflicciones y trabajos no hallais seguridad, y que aunque afligidos y separados del mundo y de los placeres no podeis volveros á Dios, ¿qué os sucederia si en un estado mas feliz no tuvieran freno vuestros deseos? La misma flaqueza y el mismo peso del amor propio, que tanto os hacen sentir el dolor y la afliccion, os expondrían mas á el peligro de los placeres y de las prosperidades humanas.

Por lo que no es excusa de nuestras tibiezas y murmuraciones el confesar que somos flacos y débiles para sufrir los golpes con que Dios nos hiere: la debilidad de nuestro corazon proviène solamente de la flaqueza de nuestra fé. Una alma christiana debe ser una alma fuerte y á prueba, como dice el Apostol, de persecuciones, de oprobrios, de enfermedades, y aun de la misma muerte. Podrá ser oprimida, continúa el mismo Apostol, pero nunca será abatida; podrán quitarla sus bienes, su fama, su sosiego, su fortuna, y aun su vida; pero no podrán quitarla el tesoro de la fé y de la gracia que tiene oculto en lo íntimo de su corazon, y que con abundancia la consuela en todas estas leves y pasajeras pérdidas: la podrán hacer derramar lágrimas de sentimiento y tristeza, porque la Religion no destruye los sentimientos de la naturaleza; pero inmediatamente desapueba su corazon su flaqueza, y de sus lágrimas carnales hace lágrimas de penitencia y de piedad. ¿Pero qué es lo que digo? Una alma christiana se regocija en las mismas tribulaciones, las mira como señales del amor que Dios la

tiene, como preciosa prenda de las futuras promesas, como felices rasgos de su semejanza con Jesu-Christo, y que aun en esta vida la dán un seguro derecho á su gloria inmortal. Ser flaco, y volverse contra Dios en los trabajos, es haber perdido la fé, y no ser Christiano.

Confieso que hay algunos corazones mas tiernos y mas sensibles al dolor, pero esta sensibilidad les ha quedado para aumentar el merito de sus penas, y no para excusar su impaciencia y sus murmuraciones. No condena el Evangelio el sentimiento, condena sí el desordenado uso del dolor. Quanto mas sensibles somos por naturaleza en nuestros trabajos, tanto mas debemos serlo en los consuelos de la fé. La misma sensibilidad que abre nuestros corazones al pesar que mortifica, debe abrirlos á la gracia que alivia, y que consuela. Las aflicciones son mejor socorridas en un buen corazon, porque la gracia halla en él mas facil entrada. El dolor immoderado mas es efecto de la furia, que de la bondad del corazon; y el no poder sujetarse á Dios, ni consolarse en sus trabajos, no es ser tierno y sensible, sino feróz y desesperado.

Además. Todos los preceptos del Evangelio piden fortaleza; y si no teneis la suficiente para llevar con sumision la cruz con que el Señor quiere affigiros, tampoco la tendreis para la observancia de los demás preceptos que os impone la doctrina de Jesu-Christo. Se necesita de fortaleza para perdonar una injuria, para decir bien de los que nos calumnian, y para ocultar los defectos de los que intentan obscurecer vuestras virtudes: se necesita de fortaleza para huir del mundo que nos agrada, para desviarse de los deleytes, á los que nos inclinan nuestras pasiones, para resistir á los exemplos que autoriza la multitud, y que la costumbre ya casi ha llegado á establecer por ley: se necesita de fortaleza para usar christianamente de

la prosperidad, para ser humilde en la elevación, mortificado en la abundancia, pobre de corazón entre los bienes perecederos, desprendido de todo, aun quando todo se posea, y para estar lleno de deseos del cielo en medio de todas las felicidades de la tierra: se necesita de fortaleza para vencerse á sí mismo, para reprimir un deseo, para ahogar una pasión que agrada, y para traer continuamente arreglado á un corazón que continuamente se extravía: Finalmente, recorred todos los preceptos del Evangelio, no hay uno que no suponga una alma fuerte y generosa; en todo es necesario violentarse; el Reyno de Dios es un campo que es necesario siempre cultivar; una viña en que es preciso pasar el peso del día y del calor; una lucha en que es necesario pelear con continuación y valentía; en una palabra, el Discípulo de Jesu-Christo luego que se muestra flaco, puede contarse por vencido; hasta las menores obligaciones de la Fé son costosas; en todo se halla el carácter de la Cruz, que es el espíritu dominante; y si os falta la fortaleza un solo momento estais perdidos: escusarse, pues, con la flaqueza, es decir que nada del Evangelio se hizo para nosotros, y que no solamente no podemos ser obedientes y sufridos, pero ni tampoco castos, humildes, desinteresados, mortificados, pacíficos, ni caritativos.

Pero además de esto, Católicos, por grande que sea nuestra flaqueza, siempre debemos confiar en la bondad de nuestro Dios, y creer que nunca permite que seamos afligidos ni tentados mas de lo que permiten nuestras fuerzas; que siempre proporciona el Señor las aflicciones á nuestra debilidad; que derrama sus castigos como sus favores, con peso y con medida; que aunque nos castiga, no quiere perdernos, sino purificarnos y salvarnos; que él mismo nos ayuda á llevar la cruz que nos impone; que nos castiga como

Pa-

Padre, y no como Juez, que con la misma mano con que nos hiere, nos sostiene; y que la misma vara que hace la herida, derrama en ella el aceyte y la miel que la cura; conoce el carácter de nuestros corazones, y hasta donde llega nuestra flaqueza; y como á el tiempo que nos affige no quiere perdernos sino santificarnos, sabe hasta donde ha de estender su mano, para que por una parte no se minore nuestro merito, si las penas son demasiado ligeras, y por otra no le perdamos del todo, si fueran superiores á nuestras fuerzas.

¿Qué otro fin puede tener, Católicos, en llenar nuestra vida de amarguras? ¿Os parece acaso que es un Dios cruel, que solo se deleyta en que sus criaturas sean infelices? ¿Que es algun barbaro tirano, que solo halla su seguridad y su grandeza en las lágrimas y en la sangre de los vasallos que le adoran? ¿Que es un Señor envidioso, que no se tiene por feliz mientras participan de su felicidad sus esclavos? ¿Os parece que para que él sea dichoso es necesario que nosotros suframos, gimamos y padezcamos? No, Fieles, por nosotros solos nos castiga; su amor sufre, por decirlo así, parte de nuestros males; pero como su amor es un amor justo é ilustrado, quiere dexarnos padecer, porque prevée que si pusiera fin á nuestras penas, aumentaria nuestras miserias: es un Medico compasivo, dice San Agustín, que aunque se compadece de los gritos y trabajos de su enfermo, con todo eso corta hasta lo vivo todo quanto halla corrompido en la llaga: nunca es para con nosotros mas suave y amoroso que quando se manifiesta mas severo; y es preciso que las aflicciones nos sean muy utiles y necesarias; quando un Dios tan bueno y tan piadoso se determina á affigirnos.

Refiere la Escritura santa, que el Patriarca Joseph, colocado en las primeras dignidades de Egipto, no po-

Tomo I.

O

dia

dia detener sus lágrimas, y sentia renovarse en su corazon el amor á sus hermanos, al mismo tiempo que les manifestaba mas aspereza, y fingia no conocerlos: *Quasi ad alienos durius loquebatur :: avertitque se parumper, & flevit.* (a) Este es el modo con que nos castiga Jesu Christo; finge, si es licito decirlo asi, no conocernos por sus coherederos y hermanos; nos castiga y trata con aspereza como á estraños; pero este disimulo cuesta mucho á su amor; no puede sufrir por mucho tiempo este caracter de severidad, que le es como ageno; sus gracias salen inmediatamente á suavizar sus golpes; se manifiesta al instante como es en sí, y no tarda su amor en disipar estas apariencias de rigor y enfado: *Quasi ad alienos durius loquebatur :: avertitque se parumper, & flevit.* Juzgad si los golpes que vienen de una mano tan amiga y favorable, podrán dexar de ser proporcionados á nuestra flaqueza: no echemos, pues, la culpa de nuestras impaciencias y murmuraciones á la flaqueza de nuestro corazon, sino á su corrupcion.

¿Quántas tiernas doncellas desafiaron en otro tiempo la barbaridad de los Tiranos? ¿Quántos niños, aun antes de saber sufrir los trabajos de la vida, corrieron alegres á ofrecerse á los rigores de la muerte mas cruel? ¿Quántos ancianos, agoviados ya con el peso de sus cuerpos, sintieron renovarse su juventud como la de la Aguila, en medio de los tormentos de un largo martirio? Es verdad que sois flacos, pero esta misma flaqueza es gloriosa para la Fé y Religion de Jesu Christo; por eso mismo os escogió el Señor, para dar á conocer quanto mas fuerte es la gracia que la naturaleza; si hubierais nacido con mayor fortaleza, no resultára tanto honor al poder de la gracia; entonces se atri-

(a) *Genes. 42. v. 7. 24.*

atribuyera al hombre una paciencia que debe ser Dón de Dios; y asi, quanto mayor es vuestra flaqueza, tanto mas á proposito sois para servir de instrumento á los fines y á la gloria de Dios. Siempre que su Magestad ha querido cargar su mano sobre las criaturas, ha escogido personas débiles y flacas, para que el hombre nada piense atribuirse á sí, y para confundir con el exemplo de su firmeza la vana constancia de los Sabios y Filosofos; sus Discipulos eran unos tiernos corderos quando los envió al mundo, y los expuso en medio de los lobos. Las Ineses, las Lucías, las Cecílias glorificaban á Dios y á su doctrina en medio de su flaqueza, ayudadas de la gracia. Estos son aquellos vasos de tierra que el Señor gusta de romper, como los de Gedeon, para que en ellos resplandezca con mayor magnificencia la luz y el poder de la fé; y si penetrarais los fines de su misericordia y sabiduria, vuestra flaqueza, que á vuestro parecer justifica vuestras murmuraciones, seria el mas suave consuelo de vuestros trabajos.

Señor, le diriais sin cesar, yo no os pido aquellos vanos pensamientos, que hallan todo el consuelo de sus penas en la gloria de sufrir con constancia: no os pido aquella insensibilidad de corazon, que, ó no siente los males, ó los desprecia; conservadme, Señor, aquella razon tímida y debil, aquel corazon tierno y sensible, que tan desproporcionado parece para sufrir las tribulaciones y los trabajos; aumentad solamente vuestros consuelos y vuestras gracias; quanto mas debil parezca á la vista de los hombres, mayor os pareceré en mi flaqueza; tanto mas admirarán los hijos del siglo el poder de la fé, la que sola puede levantar á las almas mas débiles y tímidas hasta el grado de constancia y de firmeza á que nunca pudo llegar toda la Filosofia, y sacar su fortaleza de su misma debilidad. Este es el primer pretexto sacado de

la flaqueza del hombre; vamos á descubrir la ilusion del segundo, qué se saca del exceso y carácter de las mismas aficciones.

PARTE SEGUNDA.

NO hay cosa mas comun entre las personas á quienes Dios aflige, que el justificar sus quejas y murmuraciones con el exceso y calidad de sus mismas penas; queremos siempre que nuestras cruces no se parezcan á las de los otros; y temiendo que el exemplo de su fortaleza y de su fé nos condene, buscamos pretextos en nuestras desgracias para justificar nuestras disposiciones y nuestra conducta; nos persuadimos á que podríamos llevar con resignacion una cruz que fuese de otra naturaleza, pero que el carácter de aquella con que el Señor nos aflige no admite consuelo; que quanto mas exáminamos lo que sucede entre los hombres, tanto mas singular es nuestra desgracia, y que no hay situacion que se parezca á la nuestra; que es difícil conservar la paciencia y tranquilidad en un estado, en que parece que la casualidad ha juntado solamente para nosotros mil circunstancias de afliccion, que nunca parece pudieron hallarse en otros.

Pero para quitar al amor propio una defensa tan debil, y tan indigna de la fé, pudiera responder primeramente, que quanto mas extraordinarias nos parecen nuestras aficciones, menos debemos creer que son disposiciones de la casualidad, antes bien debemos contemplar en ellas los impenetrables decretos de un Dios singularmente cuidadoso de nuestra suerte; debemos presumir que debaxo de unos sucesos tan nuevos, oculta sin duda nuevos fines, y singulares designios de misericordia para con nuestra alma: debemos decirnos á nosotros mismos, que no nos quiere dexar perecer con la multitud, que es el partido de los réprobos, pues
nos

nos guia por caminos tan singulares y tan poco conocidos. Esta singularidad de desgracias debe ser á los ojos de nuestra fé una distincion que nos consuele; el Señor siempre lleva á los suyos, tanto en materias de afliccion, como en las demás, por caminos nuevos y extraordinarios. Mirad ¿qué sucesos tan tristes y singulares los de la vida de Noé, de Loth, de Joseph, de Moysés y de Job? Registrad de siglo en siglo la historia de los Justos, y hallareis siempre en las contradicciones que experimentaron una singularidad tan extraordinaria, que en las edades siguientes llegaron algunos á tenerla por increíble; y así, quanto menos se parezcan vuestras aficciones á las de los demás hombres, tanto mas debeis mirarlas como aficciones propias de los escogidos de Dios; están señaladas con el carácter de los Justos; y tienen parte en la tradicion de las calamidades singulares que componen su historia desde el principio de los siglos. Las batallas perdidas, aun quando nos parecia estar asegurados de la victoria; las Plazas inconquistables, rendidas al enemigo con solo presentarse delante de ellas; los Estados y Provincias que nos han ganado; un Reyno el mas floreciente de la Europa, afligido con todas las plagas que Dios en su furor puede derramar sobre sus Pueblos; la Corte llena de luto; toda la Estirpe Real casi aniquilada; esto es, Señor, lo que Dios por su misericordia reservaba para vuestra piedad, y las singulares desgracias que os preparaba para purificar las prosperidades del Reynado mas feliz de que hay memoria en las historias; los sucesos felices y extraordinarios que han acompañado vuestra vida, os han hecho el mayor Rey que la Monarquía, y aun las demás Naciones vieron jamás sobre el trono; lo singular de los desgraciados sucesos con que Dios os aflige, están destinados, por la sumision y christiana constancia con que os los vemos sufrir, á hacer tan gran Santo como habeis sido gran Rey. Todo
do

110 SERMON PARA EL II. DOMINGO

do debía ser singular en vuestro Reynado, las prosperidades, y las desgracias; para que nada faltase á vuestra gloria para con los hombres, y á vuestra piedad para con Dios. Este es el grande exemplar que su misericordia preparaba á nuestro siglo.

Y este es al mismo tiempo, Católicos, con el que quiero instruiros y confundiros. Os quejais de lo excesivo de vuestras desgracias y trabajos; pero mirad al que es mas que vosotros, y considerad si él vasallo tendrá excusa en murmurar y quejarse, quando el Señor, que no padece menos, está conforme y tranquilo; quanto Dios mas os aflige tanto mas os ama, tanto mas cuida de vosotros. Otras desgracias mas regulares os hubieran acaso parecido efectos de causas puramente naturales, y aunque la divina providencia gobierna todos los sucesos, acaso hubierais creído que el Señor no os miraba con particular atencion, pues solo os enviaba algunas aficciones que todos los dias suceden á los demás hombres; pero en la triste y singular situacion en que os pone, no podeis menos de conocer que os mira con singular cuidado, y que sois particular objeto de los fines de su misericordia.

¿Qué cosa, pues, puede haber que mas nos consuele en nuestros trabajos? Dios me mira; cuenta mis suspiros; pesa mis aficciones; vé correr mis lágrimas; las recibe para mi eterna santificacion: desde que estendió sobre mí su mano de un modo tan singular, y que parece no haberme dexado alivio acá en la tierra, empiezo á ser un espectáculo mas digno de su atencion y cuidado. ¡Ah! Si yo gozara de un estado mas feliz y tranquilo, no me miraria con tanto cuidado, se olvidaria de mí, y estaria confundido en su presencia con los demás que viven felices en la tierra. ¡Dichosos trabajos, que privandome de todos los humanos socorros, me dán á mi Dios, y hacen que él sea el unico recurso en mis penas! ¡Dichosos trabajos, que haciendo

me

CONTINIO DE ADVIENTO. 111

me olvidar de las criaturas, son motivo de que yo sea el continuo objeto de la memoria y de las misericordias de mi Señor!

Pudiera responderos, en segundo lugar, que las calamidades comunes y leves solo despertarían nuestra fé por un momento, y prontamente hallariamos en las cosas que nos cercan mil alivios, que nos harian olvidar esta ligera desgracia: los deleytes, los consuelos humanos, los sucesos nuevos que sin cesar ofrece á nuestros ojos la figura del mundo, calmarian muy presto nuestra tristeza, y nos volverian el gusto del mundo y de sus vanos placeres: nuestro corazon, que siempre se conforma con todos los objetos que le deleytan, se cansaria muy presto de su dolor y de sus suspiros; pero el Señor, enviandonos trabajos, en los que solamente la Religion puede servirnos de alivio, ha querido cercarnos todos los caminos por donde pudieramos volvernos hácia el mundo; ha querido poner entre nosotros y nuestra flaqueza una barrera que no pueda ser vencida, ni del tiempo, ni de los acontecimientos; ha querido remediar nuestra inconstancia, haciendo que nos sean necesarias algunas precauciones, que acaso no siempre nos hubieran parecido igualmente utiles; leía en el caracter de nuestro corazon que la fidelidad que observabamos en huir de los peligros del mundo, no duraria mas de lo que durase nuestra tristeza; que en el mismo instante en que nos hallasemos consolados, nos veria mudados; que olvidandonos de nuestros pesares, olvidariamos tambien nuestras santas resoluciones; y que con unas aficciones leves hubieramos sido justos por poco tiempo: establece, pues, la duracion de nuestra piedad sobre la de nuestras penas; nos envia trabajos permanentes y constantes, como prendas de la constancia de nuestra fé; y temiendo el que entregandonos nuestra alma se la volviésemos á dar al mundo, quiso ponerla en seguridad, uniendola para siempre al pie de la

la Cruz. Bien conocemos nosotros mismos la necesidad que tenemos de un gran golpe para despertar de nuestro letargo; que las aficciones leves con que el Señor nos había visitado hasta entonces, no habían sido para nosotros mas que unas lecciones débiles é ineficaces, y que apenas nos había herido, quando ya nos habíamos olvidado de la mano que nos había hecho una tan saludable llaga. ¡Pues de qué he de quejarme, oh Dios mio! El exceso que hallo en mis penas es el exceso de vuestras misericordias: bien conozco, Señor, que quanto menos perdonais al enfermo, tanto mas adelantais la curacion de sus males, y que el rigor de vuestros golpes, es la mayor utilidad y seguridad de nuestras penas: en adelante, Señor, será mi mayor consuelo, en el trabajoso estado en que me ha puesto vuestra Providencia, el pensar que á lo menos no me contemplareis, que proporcionareis vuestros rigores y vuestros remedios á mis necesidades, y no á mis deseos; y que atenderéis mas á la seguridad de mi salvacion, que á la injusticia de mis quejas: *Et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat.* (a)

Tambien pudiera responderos: vosotros los que os quejais del exceso de vuestras penas, entrad en juicio con el Señor; poned en un peso, á un lado vuestros delitos, y á otro vuestras aficciones; cotejad el rigor de sus castigos con la gravedad de vuestras ofensas; comparad lo que sufrís con lo que mereceis padecer; ved si vuestros trabajos igualan á los infames deleytes de que habeis gozado; si lo vivo y dilatado de vuestros dolores corresponde á vuestras profanas liviandades; si el estado de afliccion en que vivís, iguala á la licencia y desorden de vuestras primeras costumbres; si la

(a) *Job 6. v. 10.*

privacion de las criaturas que padeceis, repara el injusto uso que de ellas hicisteis en otro tiempo; y si vuestras penas exceden á vuestras iniquidades, entonces podreis quejaros del Señor: juzgais de vuestros trabajos por vuestras inclinaciones, pero habeis de juzgar de ellos por vuestros delitos. ¿Por ventura no hubo en todo el tiempo de vuestra vida mundana algun instante en el que fueseis digno de una eterna desgracia? ¿Pues por qué murmurais contra la bondad de un Dios, que quiere conmutar aquellas eternas llamas, que tantas veces habeis merecido, en algunas penas transitorias, en las que aun los mismos consuelos de la Fé os ofrecen tantos alivios?

¡Qué injusticia! ¡Qué ingratitud! Guardate, alma fiel, de que el Señor te oyga en su indignacion; guardate de que castigue tus pasiones, ofreciendote acá en la tierra lo que las favorece; de que te halle indigna en su presencia de estas aficciones temporales; de que te reserve para el tiempo de su justicia y de sus venganzas, y de que te trate como á aquellas desgraciadas victimas, á las que solo se adorna de flores, solo se las cuida, solo se las engorda, porque están destinadas al sacrificio; y porque el cuchillo con que han de ser degolladas, y la hoguera en que han de ser consumidas están ya sobre el altar; el Señor es tan terrible en sus dones como en su indignacion; y supuesto que es preciso que sean castigados los delitos, ó con suplicios transitorios acá en la tierra, ó con eternos dolores en la otra vida, nada debe atemorizar tanto, si se mira con los ojos de la Fé, como el ser pecador, y vivir feliz en la tierra.

¡Gran Dios! Suplicoos sea este para mí el tiempo de vuestras venganzas; y pues es imposible el que mis delitos queden sin castigo, daos priesa, Señor, á satisfacer vuestra Justicia; quanto mas me perdoneis acá en la tierra, tanto mas me pareceréis un Dios terrible, que

no quiere perdonarme á costa de estos transitorios trabajos, y que vuestra indignacion no quiere aplacarse sino con mi eterna desgracia; no oygais, Señor, los gritos de mi dolor, y las quejas de un corazon corrompido, que no conoce sus verdaderos intereses; yo desapruero, Señor, estos suspiros demasiado humanos, que me arranca todos los dias la tristeza de mi estado; desapruero estas carnales lágrimas, que tantas veces me hace derramar la afliccion en vuestra presencia; no escuchéis las súplicas que os he hecho hasta ahora para alcanzar el fin de mis trabajos, antes bien acabad de vengaros acá en la tierra; no reserveis nada para aquella eternidad terrible, en que vuestros castigos serán sin fin y sin medida: alentad, os suplico, mi flaqueza, y al mismo tiempo que llenais mi vida de amarguras, derramad en ella las gracias que consuelan, y cuya suavidad es mayor que la pena de un corazon afligido.

A todas estas verdades, que de tanto consuelo son para una alma afligida, podría añadir, Católicos, que el parecernos excesivas nuestras penas consiste en el exceso de la corrupcion de nuestros corazones: que la viveza de nuestras pasiones es la que forma la de nuestros trabajos: que el sernos tan sensibles nuestras pérdidas, consiste en el demasiado apego que tenemos á los objetos que se pierden: que la viveza de la afliccion consiste en el excesivo afecto con que se amaban; y que el exceso de nuestros trabajos es siempre la pena del exceso de nuestros injustos amores. Podría añadir que aumentamos siempre todo quanto es proprio nuestro; que aun esta idea que formamos de lo singular de nuestras desgracias, al mismo tiempo que autoriza nuestras murmuraciones, lisonjea nuestra vanidad; que nunca queremos parecernos á los demás; que hallamos un cierto gusto secreto en persuadirnos que somos solos en nuestra especie; quisieramos que todos los hombres solamente atendiesen á nuestros in-

fortunios, como si fuéramos los unicos desgraciados en la tierra. Si, Católicos: nada nos parecen los agenos males; no advertimos que quantos nos rodean son mas desgraciados que nosotros; que nuestras aflicciones tienen mil consuelos, que faltan á otros muchos; que en las enfermedades habituales hallamos en la abundancia de bienes, y en el número de personas que cuidan de nuestra asistencia, mil consuelos que están negados á otros infelices; que en la pérdida de una persona á quien amabamos, nos quedan, en el estado en que nos ha puesto la divina providencia, mil alivios que pueden suavizar esta amargura; que en las disensiones domésticas hallamos en la amistad y confianza de nuestros amigos los consuelos que no podriamos hallar entre nuestros parientes; que en el caso de una preferencia injusta, la estimacion del público nos venga de la injusticia de nuestros Gefes. Finalmente, hallamos mil alivios humanos para nuestras desgracias; y si se pusieran en un peso nuestros consuelos, y en otro nuestras penas, veriamos que aun nos quedan en nuestro estado mas alivios capaces de corrompernos, que cruces propias para santificarnos.

Y asi, Católicos, casi solamente los Grandes y felices del mundo son los que se quejan del exceso de sus desgracias y trabajos; los infelices, que nacen y viven en la miseria é infelicidad, pasan en el silencio, y casi en el olvido de sus penas, sus desgraciados dias; el mas pequeño vislumbre de alivio y descanso les vuelve la serenidad y la alegría; los mas leves consuelos que hallan en sus penas hacen que las olviden; y un instante de contento los alivia de un año entero de aflicciones; quando al mismo tiempo vemos á las almas felices y sensuales, que en medio de su abundancia cuentan por una desgracia inaudita la sola contradiccion á uno de sus deseos: que el fastidio y demasiada abundancia de deleytes los martiriza, y